

Amor inmortal

La Romántica

Biografía

Kathryn Smith decidió ser escritora de novelas románticas a los diez años. Su primera novela, *Pasión esquiva*, fue publicada por Avon Romance en 2001. Desde entonces ha escrito más de una docena de libros, y ha combinado estilos en obras románticas con un toque paranormal. Se ha convertido en una habitual de las listas de libros más vendidos del periódico *USA Today*. Además de la citada *Pasión esquiva*, Booket también ha publicado *Por primera vez*, *Una proposición seductora*, *Un juego escandaloso*, *Caer en la tentación*, *De nuevo en tus brazos*, *En la oscuridad* y *Aún te llevo en el corazón*, y durante 2010 va a publicar los siguientes títulos de la saga *Hermandad de la sangre*: *Mía para siempre*, *Amor inmortal*, *Pasión eterna* y *De aquí a la eternidad*.

Más información en: www.kathryn-smith.com

Kathryn Smith

Amor inmortal

Traducción de Anna Turró

Esencia / Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Night of the huntress*
Avon Books, HarperCollins Publishers, 2007 (Nueva York)

© Kathryn Smith, 2007
Publicado de acuerdo con Avon, un sello de HarperCollins Publishers
© por la traducción, Anna Turró, 2008
© Editorial Planeta, S. A., 2010
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,
División Editorial del Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: Franco Accornero
Fotografía de la autora: © Brenda Ladd
Primera edición en Colección Booket: marzo de 2010

Depósito legal: B. 4.397-2010
ISBN: 978-84-08-09174-5
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Este libro está dedicado a Kim Lewis. Gracias por rogarme constantemente «Kathy, cuéntame un cuento». Ahora ya puedes dejar de hacerlo. Gracias por creer siempre en mí y por pensar que soy una diosa, incluso cuando yo misma me siento como un trapo sucio. Pero sobre todo, gracias por preferir a Nick y no a John, ya sabes que a mí nunca se me ha dado bien eso de compartir. Te quiero

Y, por supuesto, tengo que mencionar a mi marido, Steve, porque sé que ver su nombre en letra impresa lo hace feliz, y porque convierte cada día en un regalo. Gracias, cariño

Agradecimientos



Quisiera darle las gracias a la fabulosa Roxi «Roxstar» Fleschin por haberme ayudado con todo lo referente a los gitanos, incluidos algunos «tacos» que no aparecen en este libro. Y también por la comida tan decadente y deliciosa que me llevaba a mi casa de Toronto. ¡La echaré de menos! Y a ella también.

Cualquier posible error es sólo mío, tanto si me he equivocado, como si he manipulado la información para que se ajustara a mi historia.



Región de las montañas Fagaras, 1899

La tambaleante moneda de oro cayó a los pies de Marika Korzha. Pero en vez de agacharse a recogerla, se llevó la mano directamente a la empuñadura del cuchillo que llevaba sujeto al muslo.

—Usted... —buscó la palabra exacta en aquel idioma extranjero—... me ofende.

El hombre sonrió engréido y entrecerró los ojos. Se le veía confiado, y Marika supo que eso se debía a que estaba rodeado de sus esbirros. Creía que porque ella era únicamente una mujer sola en una taberna llena de hombres no tenía nada que temer.

Pero se equivocaba.

Marika no estaba sola; los miembros de su banda estaban sentados a una mesa, esperándola. Bastaría con que les hiciera una señal para que todos acudiesen a su lado. Y, antes de que llegaran, ella ya habría matado, como mínimo, a tres de los otros.

—¿Le insulta que le ofrezca oro? —preguntó el hombre con voz suave, burlándose de ella.

Marika no contestó y se limitó a observarlo. Él sabía perfectamente qué era lo que la había ofendido.

El tipo sonrió a sus compinches y luego volvió a dirigirse a ella.

—¿No va a recogerla?

Ahora que ya llevaba un rato hablándolo, el inglés no le resultaba tan difícil.

—¿Que recoja qué?

—La moneda que está a sus pies.

Marika siguió con la mirada fija en el tipo, pero movió el pie derecho hasta que con la punta de la bota pudo darle una patada a la moneda. Con ese movimiento la levantó del suelo y la lanzó contra la espinilla del hombre, que, al recibir el impacto, la miró dolorido.

—Tal vez debería recogerla usted.

Ahora ya no se lo veía tan engreído.

—De acuerdo, si así lo prefiere, se la descontaré de su dinero.

—¿De mi dinero? —Marika se encogió de hombros como si aquello no le afectara lo más mínimo y, al hacerlo, la suave lana del abrigo le acarició las mejillas—. ¿Y a santo de qué va a darme dinero si aún no he aceptado ningún trabajo?

El hombre se acercó a ella con un único paso. Algunos de los clientes de la taberna habían empezado a mirarlos con interés. Otros, más prudentes, habían optado por seguir concentrados en sus propios asuntos.

—Teníamos un acuerdo.

Marika echó los hombros hacia atrás y enderezó la espalda. No era tan alta como él, pero eso no significaba que fuera a dejarse intimidar. No tenía miedo, ni del hombre, ni de su dinero ni de todos sus secuaces.

—Accedí a reunirme con usted. Accedí a escucharle. Accedí a que, tal vez, trabajaría para usted. Y, de momento, no me ha convencido para que aceptara.

El hombre, un poco ofendido, entrecerró los ojos.

—Es demasiado quisquillosa para ser mujer, ¿no cree?

Marika no estaba muy segura de qué significaba la palabra «quisquillosa», pero optó por mantenerse impassible.

—Si fuera un hombre, usted no me estaría hablando como si fuera idiota.

¿Acaso aquel tipo sólo sabía adoptar aquella irritante expresión?

—Pero no lo es.

No, no lo era. Haría falta mucho más que un par de pantalones y unas botas para ocultar su condición femenina. Marika tenía el pelo largo, y una espesa trenza le caía por la espalda. Su piel era pálida, casi translúcida, y sus facciones, frágiles y delicadas. Marika no quería ser un hombre. Ser una mujer tenía muchas ventajas.

Le encantaba ver la cara que se le quedaba a la gente cuando cometían el error de subestimarla.

—Ni tampoco soy idiota. Ha abusado usted de mi paciencia. La reunión se ha terminado.

Se dio la vuelta despacio, quedándose de espaldas a él. ¿Le dispararía? ¿La atacaría con un puñal? ¿La mataría o se trataría de otra de esas heridas que acabarían con la vida de cualquier mortal pero que a ella se le curaban con facilidad? Heridas que cada vez le resultaba más difícil explicar a sus hombres.

Marika, a pesar del ruido y de las voces que llenaban la taberna, pudo oír cómo la bota de él se apoyaba en el suelo. El aire le anunció el peligro con sutileza y se le erizó el vello de la nuca.

No era la primera vez que alguien la agredía por la espalda. Los hombres solían hacerlo así. Siempre querían demostrarle que eran superiores a ella, pero siempre esperaban a que se hubiera dado media vuelta para atacar. Esa vez, Marika sabía sin lugar a dudas que el Inglés, en vez de rebajarse a hacerlo él mismo, se lo había ordenado a uno de sus esbirros.

Marika se volvió y detuvo el brazo de su agresor antes de que pudiera alcanzarla. De no haber sido porque ya lo esperaba, Marika habría podido romperle la muñeca, pero se contuvo y le dobló el brazo hasta obligarlo a arrodillarse delante de ella.

La banda de Marika se puso de pie de golpe y se acercaron por si las cosas se complicaban.

Ella seguía con la mirada fija en el hombre. El Inglés permanecía de pie, rodeado de los suyos, y apenas podía ocultar su asombro.

—Lo que dicen de usted es cierto —dijo él, como si de repente se diera cuenta de que Marika era algo más que una mujer, algo más que un simple humano.

A ella no le gustó el comentario. Los clientes de la taberna también estaban mirándola. Los comentarios se desataron. Murmuraciones sobre ella; sobre la mujer que vestía como un hombre y peleaba como un soldado. ¿Quién era? ¿Estaba de caza? ¿Corrían peligro? El miedo impregnaba sus voces, podía oler el terror en su sudor.

Tenía que salir de allí.

—Usted es una de esas personas que siempre mandan hacer a otros lo que temen hacer por sí mismos —dijo Marika antes de soltar la muñeca de su cautivo y empujarlo lejos de ella—. Y yo no confío en gente así.

—No quiero su confianza —contestó él.

Marika hizo una mueca. Aquel tipo no sabía lo que era el honor, y ella no estaba dispuesta a asociarse con gente de esa calaña.

—Hemos terminado.

Marika se dio media vuelta y sus hombres se colocaron detrás para seguirla y protegerla al mismo tiempo. Como si eso fuera necesario. Ellos sabían que no, pero llevaban en la sangre ser caballerosos.

—¿Le dice algo el nombre de Saint?

Era un intento desesperado, pero tuvo el efecto deseado. Marika se paró en seco y se quedó sin respiración, paralizada, incapaz de moverse. No podía parpadear, no podía pensar. El corazón le latía descontrolado en el pecho, como un pájaro recién enjaulado.

Despacio, se volvió de nuevo. El Inglés parecía un poco ner-

viOSO, pero no tardó en reaparecer en él aquella ya familiar arrogancia.

—Veo que sí.

—Cuénteme lo que sabe —dijo ella apretando los puños.

El otro ignoró la frialdad de sus palabras, la amenaza que asomaba a los ojos de Marika. Era demasiado engreído... o demasiado estúpido.

—No, no voy a hacerlo. A no ser que usted vuelva a sentarse...

No pudo terminar. La mano de Marika se cerró alrededor de su cuello. Con la primera sílaba de su respuesta, ella se había puesto en movimiento y ahora había llegado a él como un gato salvaje. Lo tenía allí, encima de la mesa, con la espalda echada hacia atrás y luchando por apartarle los dedos y conseguir un poco de aire. Una jarra de cerveza se derramó junto a la cabeza del tipo. Aparecieron un montón de pistolas y una apuntó a Marika directamente a la sien.

—Mátame, pero ten por seguro que me llevaré a tu amo conmigo —le dijo al que la amenazaba sin dejar de mirar al Inglés.

Sus ojos claros se alzaron por encima del hombro de ella, y Marika entendió la orden que estaba dando con esa mirada. También vio que estaba asustado; de hecho, sería un verdadero estúpido si no le tuviera miedo. La pistola que la apuntaba desapareció, y las otras siguieron el mismo camino.

Marika aflojó los dedos y le permitió respirar. A continuación, dio un paso hacia atrás... luego otro, y vio que los hombres hacían lo mismo. Ahora que había dejado claro de lo que era capaz, nadie quería estar cerca de ella.

Había sido un error revelar tanto de sí misma, pero ahora el Inglés lo pensaría antes de volver a subestimarla.

Cuando quedó claro que no iba a haber ningún enfrentamiento, el resto de los clientes de la taberna regresaron a sus quehace-

res, o al menos fingieron hacerlo. La mayoría de ellos eran campesinos que no solían entrometerse en nada que no fuera de su incumbencia pero que, por si las moscas, querían estar al tanto de todo lo que sucedía.

Marika señaló una mesa vacía que tenían cerca.

—Siéntese. Por favor.

El Inglés se frotó el cuello y la miró con cautela antes de hacer lo que le pedía. Marika se sentó delante de él y pidió unas bebidas y unos *placintele prajite*, unos pasteles, para él y sus hombres, así como para los miembros de su banda.

Cuando todos estuvieron sentados, el Inglés se relajó un poco. Eso era bueno. Marika quería que estuviera lo suficientemente asustado como para decirle la verdad, pero no tanto como para que no pudiera ni hablar.

Le sonreiría, podía coquetear con él para que la viera un poco más femenina, más accesible. Aunque ese comportamiento iba en contra de su naturaleza y la haría parecer estúpida, de modo que, en vez de eso, optó por un acercamiento más directo y... relajado. Cogió una cerveza y dio un largo trago. Beberían un poco y luego le sonsacaría la información, a pesar de que lo que de verdad quería hacer era arrancársela a golpes. A ella el alcohol no la afectaba como a los humanos, pero aquel hombre no tenía por qué saberlo. Seguro que él creía que la bebida la hacía ser más lenta, más débil. El Inglés se relajaría, y tal vez volvería a mostrarse arrogante.

Idiota.

Marika cogió un pastel de carne y le dio un mordisco. La boca se le llenó de aquel sabor rico y caliente. Masticó y tragó.

—Por favor, cuénteme qué sabe de la criatura que se hace llamar Saint.

El Inglés también se sirvió comida.

—Sé que usted tiene muchas ganas de encontrarle.

Marika entrecerró los ojos.

—Espero que sepa algo más que eso. —Si no era así, le estaba haciendo perder el tiempo.

El hombre debió de entender la amenaza que se escondía en sus palabras, porque palideció al instante.

—No mucho más, pero creo que la criatura que quiero que capture para mí sí.

¿Podía ser verdad? ¿Se estaba acercando a su objetivo o se trataba sólo de otro callejón sin salida?

—No acostumbro a cazar por dinero. —Marika era muchas cosas, pero no una asesina a sueldo.

El hombre dio un mordisco al pastel y asintió.

—Lo entiendo, pero yo no tengo... los medios ni la destreza para atrapar a alguien así.

—¿Y yo sí?

—Usted sabe cómo actúan los vampiros, ¿me equivoco?

Marika miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los estaba escuchando. Aquel país era aún muy supersticioso, y sus habitantes solían tomarse a esos monstruos muy en serio.

—Tal vez. —No estaba dispuesta a revelar su identidad, no hasta que supiera qué esperaba obtener él de ella.

Pero al parecer, el hombre tomó su respuesta como un sí.

—Usted es de aquí. Bishop tiene un pasado que lo ata a esta región. Él podría esconderse en las montañas y yo no lograría encontrarlo jamás. Gracias a su *talento*, le será más difícil ocultarse. Creo.

Talento. Marika nunca lo había visto de ese modo.

—¿Bishop?

—Ése es su nombre.

Saint y Bishop. ¿Aquellos seres abominables se habían atrevido a apropiarse de esos dos nombres sagrados para sí mismos?

¿No se detenían ante nada? Pero por mucha rabia que le diera ese detalle, Marika tenía muchas otras cosas de las que preocuparse.

—¿Está aquí? ¿En Rumanía?

Con la boca llena de comida, el tipo asintió.

—Llegó anoche. Suponemos que mañana al anochecer aparecerá por esta zona.

A Marika le dio un vuelco el corazón. «Mañana.»

—¿«Suponemos», quienes?

—Mis socios y yo.

¿Socios? ¿Qué significaba eso? Amigos, compañeros y familia implicaban unión y lealtad, pero socios indicaba sólo que tenían intereses comunes, nada más. Ningún sentimiento.

A menudo, Marika deseaba que su padre no la hubiera mandado a estudiar a Inglaterra y a otros países. La ignorancia la habría hecho ser mucho más feliz, y seguro que viviría más tranquila.

Si fuera una ignorante, no se le habría ocurrido formular la siguiente pregunta:

—¿Y por qué quieren encontrar a ese Bishop?

—Él tiene algo que yo deseo —respondió el Inglés limpiándose las manos con una servilleta.

Demasiado sencillo. Marika hacía bien en no confiar en aquel tipo, pero la información que le estaba proporcionando tenía para ella un valor incalculable. Ahora, lo único que tenía que hacer era salir de allí, atrapar a Bishop e interrogarle sobre el paradero de Saint. Luego podría borrar de la faz de la Tierra no a uno sino a dos vampiros.

El Inglés se dio cuenta de lo que estaba pensando, y dijo:

—Lo necesito vivo, madame. Tortúrelo si es necesario para obtener información, pero yo lo necesito vivo. Le garantizo que, cuando ya no me haga falta, no le permitiré vivir ni un segundo más.

Y con esa frase, Marika sintió por primera vez que le decía la verdad.

—¿Tiene el dinero? —preguntó apretando la mandíbula.

El hombre sonrió, y del bolsillo de su abrigo extrajo una pequeña bolsa de piel que dejó encima de la mesa. Marika pudo ver que estaba llena de monedas de oro.

—La mitad ahora y el resto cuando me entregue a mi presa.

¿La mitad? ¿Aquella fortuna era sólo la mitad de lo que iba a pagarle? ¡Dios santo, con todo aquello, ella y sus hombres podrían vivir como reyes! Marika se esforzó por ocultar lo sorprendida que estaba.

—No suelo cazar vampiros. —Normalmente, se limitaba a matarlos—. No hay modo de atraparlos.

La sonrisa del tipo se ensanchó. Se lo veía muy satisfecho consigo mismo, pero a Marika ya no le caía tan mal.

—Creo que en eso puedo ayudarla. Yo sé cómo mantenerlos bajo control.

Al parecer, aquel hombre había pensado en todo.

—¿Y puedo quedarme con él todo el tiempo que sea necesario?

—Dentro de unos límites.

Seguro que no tardaría más de un par de días en conseguir que el vampiro confesara. Esas criaturas eran famosas por su falta de sentido de la lealtad hacia sus amigos, y solían comportarse como ratas.

El Inglés le tendió su pulcra y nívea mano.

—¿Cerramos el trato?

Ni siquiera se había molestado en pedirle que demostrara ser quien él creía que era. Pero si Marika aceptaba ese apretón de manos, el Inglés sabría sin duda que ella era exactamente la mujer que estaba buscando. Y podría usarlo en su contra. Podría encar-

gar que la mataran. Había un montón de sádicos ansiosos por derramar su sangre.

Pero le estaba ofreciendo la oportunidad de encontrar a Saint, la única criatura a la que Marika quería cazar desde que había aprendido a hacerlo.

Aceptó la mano del Inglés y se la apretó con fuerza, para que le quedara claro quién de los dos mandaba.

—De acuerdo —dijo Marika en voz baja—. Le entregaré al tal Bishop.

Pero antes lograría que éste le confesara dónde se ocultaba Saint; el vampiro que había matado a su madre.

Habían pasado tres siglos desde la última vez que Bishop visitó las montañas Fagaras. No había tenido intenciones de regresar, pero al igual que muchas otras cosas en su vida, sus planes se habían ido al traste. Las cosas cambian. Los países cambian. Incluso él, a pesar de ser inmortal, había cambiado.

Lo único que seguía inalterable eran los remordimientos que sentía.

Había llegado la noche anterior, pero Bishop había necesitado todo un día de descanso antes de reunir el valor necesario para realizar ese último tramo del recorrido. Si los fantasmas del pasado seguían atormentándolo, no podría concentrarse en lo que se suponía que tenía que hacer.

La noche inundaba el paisaje. Los escarpados picos de las montañas eran apenas unas oscuras siluetas recortadas contra las nubes plateadas que cubrían el cielo. Los reflejos de una pálida luna acariciaban la hierba que tapizaba el suelo entre las ruinas.

A oscuras, Bishop caminó por lo que había sido una preciosa casa de campo. Ahora sólo quedaba ya la estructura, pues el inte-

rior había desaparecido a causa de un incendio muchos años antes. En la parte de arriba había un montón de nidos, y en la de abajo se ocultaban aquellos animales a los que les gustaba la noche. Había restos de una fogata, y supuso que unos gitanos se habrían detenido allí tiempo atrás.

Su antigua casa era una ruina —vaya si lo era—. Con toda seguridad, uno de esos sitios que los viajeros suelen visitar y de los que los lugareños hablaban en sus relatos. Bishop se acordó de la época en que aquella casa había estado llena de música, de risas y de amor. Ahora, él estaba de pie en lo que había sido el salón. Sobre la puerta había colgado un enorme crucifijo de hierro; lo había colgado él mismo. Elisabetta había escogido unas cortinas de colores muy cálidos. La mansión estaría ahora muy pasada de moda, pero en aquel entonces era el epítome de la elegancia y la sofisticación.

Aquél había sido su hogar.

¿Cuántas noches se había pasado sentado en la terraza, con la mujer que amaba a su lado? A la luz de la luna, la piel de Elisabetta parecía hecha de marfil; frágil y cálida al mismo tiempo.

De todo eso ya no quedaban más que recuerdos. Nada excepto dolor y tristeza al pensar en la noche en que aquellos hombres cobardes e ignorantes decidieron incendiar su casa, destruyendo la vida de Bishop.

Todas aquellas ruinas ya no significaban nada para él y, a pesar de todo, se quedó allí de pie, intentando oír la voz de Elisabetta oculta en la brisa. Debido a la maldición de una excelente memoria, Bishop aún podía recordar sus delicadas facciones. Podía acordarse de cómo la había amado, y de que ella lo había amado a él.

Lo había querido tanto, que la pequeña tonta se había sacrificado por él. Sin embargo, no lo había amado lo suficiente como para

entregarle su alma, a pesar de las muchas veces que él se lo había pedido.

Elisabetta había dado su vida por él. Y siglos más tarde, Bishop seguía sin poderle perdonar su sacrificio.

Los rayos de la luna hacían que el lugar pareciera aún más fantasmagórico de lo que era; y que la casa, pese a su decrepitud, se viese todavía hermosa. Pero aquél ya no era su hogar. Allí ya no había vida, al menos no para él.

Bishop dejó las ruinas atrás. Cuanto más se alejara de allí mejor se sentiría. Las ramas crujían bajo sus pies a medida que se acercaba al prado.

Los alrededores de la mansión estaban llenos de flores silvestres que teñían de color la oscura hierba. En algunas zonas, ésta le llegaba hasta las rodillas, pero Bishop se deslizaba a través de ella con la misma suavidad con que un cuchillo corta un pedazo de mantequilla. Despacio, se dirigió a la parte de atrás de su propiedad. El follaje era más espeso de lo que recordaba; cuando él vivía allí, los árboles no eran tan frondosos.

Había echado de menos el olor de aquel lugar. Limpio. Fresco. Vivo. El olor de la tierra húmeda y de la hierba cubierta de rocío. Ese aroma le inundó de nuevo los sentidos y, al acordarse de lo mucho que le gustaba, se olvidó por un momento de su pena.

Recordó todo lo que había tenido hasta que aparecieron aquellos hombres y se lo arrebataron.

La tumba no quedaba lejos; una sencilla lápida con unas trabajadas letras, y ahora cubierta de musgo, era lo único que indicaba el lugar donde se encontraba. Bishop hubiera querido dibujar un ángel, pero su talento sólo le había permitido esculpir el nombre de su amada y la fecha. Había necesitado tres placas de mármol, que obtuvo de las ruinas de su casa, dos cinceles y la poca salud

mental que le quedaba para construir aquel monumento a Elisabetta, y distaba mucho de ser perfecto.

Pero a pesar de todo, Bishop estaba convencido de que a ella le hubiese gustado. A diferencia de él, Betta siempre prefería las cosas sencillas. Seguro que también le gustaría que el bosque que la rodeaba se hubiera vuelto salvaje y hubiese crecido por todas partes. A ella le gustaba el campo, y amaba aquellas montañas. Tanto, que se había negado a irse de allí, de modo que Bishop se quedó con ella. Al fin y al cabo, él tenía tiempo de sobra para ver el resto del mundo.

El amor de Elisabetta por aquel lugar era contagioso. Pasaron años antes de que Bishop volviera a hablar de viajar, antes de que quisiera enseñarle las maravillas del mundo. Había visto tantas cosas que quería compartir con ella antes de que terminase su vida de mortal...

Si se hubieran ido de allí, tal vez las cosas habrían acabado de otro modo. O si ella hubiera aceptado convertirse en lo que él era.

Pero no lo hizo. Y ahora, el dolor que Bishop sentía al acordarse de eso era como la lápida que tenía bajo los pies; un pálido reflejo de lo que una vez había sido. El tiempo era realmente un gran sanador.

Maldito fuera.

Bishop arrancó las malas hierbas que cubrían la lápida y limpió el musgo que ocultaba las letras, pero dejó intactas las flores silvestres.

—Ya sé que no estás aquí —murmuró limpiando la «S»—. Pero quiero que la gente sepa que no te he olvidado. —Seguro que eso mantendría alejados a los lugareños si es que alguno reparaba en la tumba, aunque a Bishop eso ya le traía sin cuidado.

Estuvo allí durante una hora, limpió e hizo todo lo que pudo, excepto esculpir una nueva lápida. Tuvo intenciones durante un

momento, pero luego lo pensó mejor. Se despidió de Elisabetta por si acaso se equivocaba y ella seguía allí, y se puso de pie.

No tardaría en amanecer, y Bishop tenía que resguardarse antes de que saliera el sol. Anara, la amiga por la que Bishop había hecho aquel viaje, le había proporcionado una casa en un pueblo cerca de Fagaras para el tiempo en que estuviera allí. Los pocos sirvientes sabían lo que él era. Podía confiar en ellos para cubrir sus necesidades y mantener una cierta apariencia de normalidad.

Tal vez a Bishop no le importara que la gente viera que la tumba de Elisabetta estaba bien cuidada, pero tampoco quería que los lugareños fuesen de nuevo a por él. No es que les tuviera miedo, pero aquel lugar y sus malos recuerdos le ponían los pelos de punta. Se quedaría en Rumanía el menor tiempo posible y, cuanto antes pudiera irse de allí, tanto mejor.

El hermano de Anara había desaparecido. Ese tipo de cosas solían ocurrir, pero en el último año habían sucedido con demasiada frecuencia. Anara temía que a su hermano lo hubiera atrapado una mujer a la que llamaban la Cazadora. Al parecer, esa Cazadora había decidido eliminar de la faz de la Tierra a todas las criaturas de la noche, y en especial a los vampiros. Se tomaba su cometido muy en serio, y al parecer era despiadada. No importaba si el vampiro se lo merecía o no; no ser humano equivalía para ella a ser malvado, y por ello merecía morir.

Bishop conocía bien a los de su calaña.

La mayoría de los vampiros, incluido él mismo, habían matado a alguien alguna vez por accidente, porque estaban demasiado hambrientos, no por ninguna clase de retorcido derecho moral. Bishop sabía que había vampiros crueles y capaces de asesinar sin remordimientos, pero la mayoría sólo quería llevar una vida tranquila.

Esa Cazadora mataba sin provocación, y se le atribuían más de

cien asesinatos y desapariciones, que iban desde el sur de Bulgaria hasta el este de Moldavia. Los vampiros y otras criaturas habían empezado a asustarse. Habían hecho de esa mujer una especie de monstruo mitológico que acechaba en la oscuridad a la espera del mejor momento para atacar.

Bishop había decidido encargarse personalmente de resolver el misterio de esa Cazadora y poner fin así a todos esos rumores. Él estaba en contra de los actos de violencia indiscriminados, no importaba si se trataba de la víctima o del asesino. Tiempo atrás había jurado enfrentarse a ese tipo de crímenes, y tenía intención de mantener esa promesa.

Cuando su camino se cruzara con el de la Cazadora, uno de los dos iba a morir.

Y no sería Bishop.

No se había alejado demasiado del camino, una vieja senda para carros que bordeaba la montaña, cuando oyó el repicar de los cascos de un caballo.

Su instinto le dijo que echase a volar antes de que lo atraparan y lo quemaran en la plaza del pueblo, pero se obligó a controlarse. Había luna llena, y la noche era tan clara que corría el riesgo de que el jinete, o cualquiera que estuviera cerca, lo vieran. Seguro que un hombre cruzando el cielo llamaría su atención, y Bishop no quería que nadie supiera que estaba allí. Lo mejor sería esconderse, o pensar alguna excusa que explicase qué hacía tan lejos del pueblo.

Un conocido aroma captó su atención. No era humano. Un vampiro. ¿Otro vampiro? No, tampoco era eso. Antes de que pudiera procesar mejor el olor, algo atrajo su atención; una sombra se movió en la oscuridad.

En el momento en que Bishop se dio la vuelta, su agresor saltó por los aires y lo derrumbó.

El otro también cayó al suelo, pero se levantó con una agilidad sobrenatural. Aquella criatura era lo que había olfateado hacía apenas unos segundos.

Volvió a atacarlo y Bishop le vio la cara. No era un hombre sino una mujer; una voluptuosa y preciosa mujer que al parecer quería pelear con él.

Se miraron fijamente. Los oscuros ojos de la chica se abrieron de par en par y pareció dudar durante un instante. Si Bishop no hubiera estado tan embobado, habría podido reaccionar, pero ella aprovechó ese descuido y lo golpeó con fuerza. Bishop creyó ver cómo el puño de la chica resplandecía a la luz de la luna.

Plata. Llevaba una cadena de plata alrededor de los nudillos.

Bishop se agachó. Ella intentó darle una patada en las costillas, pero él la detuvo con el brazo. La chica se tambaleó pero sin llegar a caer.

Ella lo intentó de nuevo, y esta vez la plata lo quemó, Bishop sintió el dolor en la mandíbula. Al despertarse la bestia que llevaba dentro, todos sus instintos se pusieron en alerta y se afinaron. En sus encías aparecieron dos colmillos, su visión se agudizó. Cuando la muchacha quiso golpearlo de nuevo, Bishop la estaba esperando.

La cabeza de ella fue impulsada hacia atrás al recibir el golpe de Bishop, y cuando volvió a mirarlo le sangraba el labio superior. Oía a tierra y a algo más que hacía que él tuviera ganas de gritar que le pertenecía, a pesar de que ella quisiera seguir golpeándolo. Los colmillos le arañaron el interior de la boca, y, al sentir el gusto de su propia sangre, Bishop perdió el control. Tenía que morder a aquella mujer. Quería sentirla, quería que ella gimiera de placer entre sus brazos.

Una punzada de dolor le atravesó el hombro. Al parecer, iba acompañada, y uno de sus esbirros lo había cortado con un cuch-

llo de plata. Bishop no se detuvo a pensar, simplemente reaccionó. El hombre salió volando por los aires y aterrizó con un golpe seco.

Volvió a concentrarse en la mujer.

—¿Crees que lo he matado?

Bishop no sabía por qué ella lo estaba atacando, y además, no le importaba. Él no había hecho nada malo, nada que justificara toda aquella violencia, pero ya había tenido que huir una vez de los humanos y no volvería a hacerlo. Si era necesario, los mataría a todos y cada uno de ellos si eso significaba la supervivencia para él.

La chica se dispuso a atacar y, tras gritar, se abalanzó de nuevo sobre él. Bishop la cogió por la cintura y la sujetó a la altura de sus ojos.

El miedo teñía ahora su sensual aroma, y debajo de eso, Bishop podía oler un atisbo de deseo. Ella también reaccionaba por instinto y, al parecer, la bestia que llevaba dentro se sentía tan atraída por él como él por ella.

Lo rodeó con sus fuertes piernas y Bishop se mantuvo firme. Pero no tardó mucho en darse cuenta de que no quería derribarlo, sino que trataba de evitar que la lanzara por los aires, como había hecho con su socio.

Se apretó con fuerza. Mechones de su negra melena acariciaron las mejillas de él al rodearle ella el cuello con los brazos. Bishop apartó las manos de su cintura para coger las de ella, pero fue demasiado lento. En el preciso instante en que tocaba sus dedos, sintió una especie de pinchazo en el cuello.

Forcejearon y Bishop le soltó las muñecas. Ella era fuerte, pero él lo era aún más. La empujó hacia el carro en el que había llegado y la golpeó contra la madera un par de veces. Ella aflojó entonces las piernas lo suficiente como para que él se soltara; con los golpes de Bishop debía de estar fuera de combate.

En el suelo, la chica retrocedió apoyándose en sus manos. Los colmillos de Bishop estaban completamente al descubierto. El corazón le latía desbocado y estaba a punto de perder el control. Iba a matarla. Iba a matarlos a todos.

Que Dios lo ayudara.

Dio un paso más y entonces cayó de rodillas. Una niebla lo envolvió y la luz de la luna palideció. Pero era una niebla que no procedía de la noche; estaba sólo en su cabeza.

Bishop miró a la mujer que seguía en el suelo. Lo miraba con una mezcla de miedo, asombro y triunfo. Él no podía enfocar la mirada, y la imagen de la chica se deformó ante sus ojos.

—¿Qué es lo que pasa...? —fue lo único que pudo preguntar antes de que su lengua dejara de obedecerlo.

Se derrumbó. Lo único que podía oír era su entrecortada respiración y el latido de su propio corazón.

Y luego nada; sólo oscuridad y el perfume de su agresora. Cuando Bishop oyó aquella suave risa llena de satisfacción, supo la horrible verdad.

La Cazadora lo había atrapado.